

Sobre el populismo de *Acharnienses* About the populism of Acharnians

Luis Gil
Universidad Complutense

Fecha de recepción: 19 de mayo de 2016
Fecha de aceptación: 28 de julio de 2016

Para un lector moderno se hace difícil comprender cómo pudo Aristófanes abogar en 426/425 a. C. tan ardientemente por la paz en *Acharnienses*, cuando los estragos causados por los seis años de guerra contra Esparta, lejos de sosegar la belicosidad de los demócratas radicales entonces en el poder, la habían inflamado mucho más. Comportarse así en plenas hostilidades incluso en las actuales democracias se hubiera considerado alta traición o derrotismo impropio. En cualquier caso como un grave delito. Y dado que no ha sido grande el cambio experimentado por la naturaleza humana desde la Antigüedad a nuestros días, se ha de suponer que la reacción del público ateniense ante una provocación de esa índole hubiera sido harto parecida a la de un público actual. Para ponerse, pues, a salvo de iras, el comediógrafo necesariamente tuvo que recurrir a la *captatio benevolentiae* de su público, fuera éste de su propio bando o del bando de sus adversarios. Para no perder la simpatía del primero un simple guiño bastaba. Para ganarse la del segundo era preciso proceder de manera parecida a como se habían ganado el favor popular los demagogos, haciendo uso de recursos que hoy serían tachados de populistas¹. La pretensión

¹ Es obvio que no entiendo el término 'populismo' en su actualísima acepción sectaria de «corriente política que aspira a instaurar la soberanía del pueblo desplazando a la 'casta' detentadora del poder, creada por el condicionamiento socio-económico».

de este trabajo es la de señalar unos cuantos de ellos, de comprobada eficacia, como el suscitar la envidia igualitaria con el agravio comparativo, el ridiculizar al líder político, el cuestionar la legitimidad del poder, la interpretación capciosa de los hechos históricos y hasta el regodearse en la 'venganza cómica' cuando se opera en la pieza lo que Aristóteles denominaría la *περιπέτεια*.

El héroe de la nuestra, Diceópolis, estricto cumplidor de su deber ciudadano según pregona su nombre parlante, hace recuento en el prólogo de sus últimos gozos y cuitas mientras espera aburrido en la Pnix la llegada a la asamblea de sus conciudadanos, acostumbrados a remolonear en el ágora para precipitarse en el último momento a tomar asiento en el sitio más cercano a la presidencia. Ese recuento le sirve para significarse ya desde el v. 5 como enemigo de Cleón² y asegurarse de antemano la simpatía de parte del auditorio³. Abierta la sesión por el heraldo, toma la palabra un tal Anfiteo, que se presenta a sí mismo como «el único a quien los dioses encargaron hacer treguas con los lacedemonios» (vv. 51s.). El heraldo sin dejarle proseguir ordena a los arqueros escitas desalojarlo con la única protesta de nuestro personaje (vv. 57-60), a quien se conmina a guardar silencio, porque va a haber recepción de embajadores, tanto atenienses como extranjeros.

En una de las secuencias aristofánicas mejor logradas, habla primero el que regresa de Persia (vv. 65-91) y trae consigo a Pseudartabas, el 'Ojo del Gran Rey', que viene con un mensaje incomprensible (v. 100)⁴. Le sigue Teoro⁵, que fue enviado a Tracia a

nómico del neoliberalismo», pero tampoco lo entiendo en el más amplio sentido de su definición en el Diccionario de la RAE como «tendencia política que pretende atraerse a las clases populares», sino en otro todavía más extenso. A mi juicio por 'populismo' ha de estimarse la «manipulación en beneficio personal o de grupo de las necesidades, aspiraciones, creencias y tradiciones del pueblo, procurando siempre complacerlas o al menos no herirlas». El 'populismo', en suma, no sólo es un instrumento eficaz para el gobierno y la oposición en la lucha política, sino también para cuantos quieran granjearse el favor popular con vistas a sus intereses particulares.

² Entre sus pocas satisfacciones menciona «los cinco talentos que vomitó Cleón» obligado por los caballeros.

³ Evidentemente los campesinos, obligados a refugiarse en la ciudad, que veían cómo sus tierras eran sistemáticamente devastadas por los lacedemonios todos los años.

⁴ *Iartaman exarsan apissona satra*, interpretado después con mayor claridad por el mismo Pseudartabas como «no recibir oro culiabierto Jaonau» (v. 104).

⁵ Nombre parlante. Los *θεωροί* eran los miembros de una comisión oficial encargada de asistir a una festividad religiosa o a una misión diplomática.

pedir ayuda militar al rey Sitalces. Los comentarios de Diceópolis al parlamento de uno y otro apuntan no sólo a desenmascarar la impostura de ambas misiones diplomáticas, sino también a remover el resentimiento de los espectadores menos favorecidos por la suerte, al objeto de activar la ‘envidia igualitaria’. Los de la comisión a Persia recibieron una dieta de dos dracmas diarias, muy superior a los μισθοί de los heliastas, durante su larguísima jornada de tres años hasta Susa. Pero más que el costo del viaje, es la manera en que lo realizaron «al abrigo de toldos, recostados en carrozas blandamente» (vv. 69-70), lo que le permite a Aristófanes evocar, en contraposición a tanto confort (vv. 71-72), las penalidades del común ciudadano cuando está de guardia en la muralla. Hábilmente se logra que el descontento vaya *in crescendo*, conforme se va dando a conocer la suerte que les cupo a aquellos delegados. «Hospedados, nos forzaban a beber, en copas de cristal y oro, buen vino puro» (v. 73s.), porque —según explica el embajador— los bárbaros «sólo consideran hombres a quienes pueden comer y beber más» (v. 76s.). La réplica de Diceópolis me abstengo de reproducirla. Baste con señalar que la inequidad en el reparto de las calamidades es asimismo un potentísimo acicate de la envidia igualitaria.

En parecidos términos se expresa Teoro que pasó de copeo con Sitalces el invierno en Tracia y viene acompañado de una hueste de belicosos odamantos, los cuales «por un sueldo de dos dracmas aplastarían Beocia entera» (v. 160). De ahí el brusco bufido del protagonista. «A esos descapullados ¿dos dracmas? Gemiría el personal del remo alto, la salvaguarda de la ciudad» (vv. 162s.). Un oportuno elogio éste al θρανίτης λεῶς ὁ σωσίπολις para captarse la simpatía de la clase social de los θῆτες, la inferior de la constitución censitaria soloniana, a la que pertenecían los remeros de las trirremes. Viendo que en la asamblea no se discutía cómo poner fin a la guerra, Diceópolis, llama a Anfiteo en voz baja (vv. 130-134) antes de intervenir Teoro y le encarga traer de Esparta treguas con los lacedemonios sólo para él, su mujer y sus hijos, entregándole las ocho dracmas de viático que no se habían dignado concederle sus conciudadanos. Al terminar la sesión, Anfiteo regresa esquivando el acoso del coro enfurecido con él por traer treguas de quienes talaron sus viñedos (vv. 176-185). De ellas Diceópolis elige las τριακοντούτιδες κατὰ γῆν καὶ θάλατταν (v. 199) y se marcha a su casa a celebrar las Dionisias camperas πολέμου καὶ κακῶν ἀπαλλαγείς (v. 201).

Al acabar la párodos (vv. 204-241), el coro de ancianos carboneros de Acarnas, encorajinado por no haber sido capaz por su vejez de dar alcance al recién venido, se encuentra con Diceópolis dispuesto a celebrar su fiesta *πραγμάτων τε καὶ μαχῶν καὶ Λαμάχων ἀπαλλαγείς* (vv. 245-279)⁶. Reconocido y tachado de *προδότη τῆς πατρίδος* (vv. 289s.), en una escena de batalla (vv. 280-346) Diceópolis pretende justificar su paz privada ante el coro, pero éste se niega a escucharle porque le resulta más odioso que el mismísimo Cleón⁷ (vv. 300s.). Un taxativo aserto, donde no obstante se vislumbra la coincidencia ideológica que posibilitará un acuerdo. Pero a éste no se llega siguiendo la pauta formal del *ἄγών*, sino a través de escenas en versos largos y en trímetros yámbicos, que retrasan la acción y permiten introducir en la pieza elementos paródicos y ‘paratrágicos’. Diceópolis evita su lapidación con el chantaje del *Télefo* euripideo, tomando como rehén y amenazando con matarlo al ser más querido de los carboneros de Acarnas, que a la postre resulta ser un capacho de carbón.

En una escena de transición (vv. 347-494), el coro lo recupera a cambio de permitir que Diceópolis abogue por los lacedemonios *ἐπίξηνον ἐξενεγκῶν θύραζε* (v. 359). Y a ello se dispone con el tajo en la mano, aunque receloso, pues como buen conocedor de los atenienses sabe «cuánto se alegran, si algún embustero les elogia a ellos y a la ciudad, con razón o sin ella; y así no se percatan de que se chalaneara con ellos» (vv. 369-374). Tras dar con esto una definición casi perfecta de ‘populismo’, el protagonista pide permiso para mostrarse ante quienes van a ser sus jueces *οἶον ἀθλιώτατον* (v. 384), como consentía hacer el derecho ático, y para mover a compasión a los coreutas se encamina en busca de los ‘andrajos’ de *Télefo* a casa de Eurípides. Ocupado en componer una tragedia lo presenta la escena de la visita (vv. 395-489), tal como se hará con Agatón en *Las tesmoforiantes* y en *Las nubes* con el Sócrates absorto en sus altas especulaciones filosóficas. El curioso lance da pie a criticar la afición de Eurípides a los personajes tullidos y mendigos y a parodiar el rebuscamiento de su lenguaje, que se ha logrado contagiar incluso al de su sirviente. Sigue una escena de

⁶ Es ésta la primera aparición de Lámaco en nuestra pieza. Pretendiendo de algún modo reproducir el juego de palabras, traduje «librado de guerras ‘pejiguerras’ y de Lámacos» (Biblioteca Clásica Gredos n° 204, p. 124s.).

⁷ ὡς μεμίσηκά σε Κλέωνος ἔτι πλέον, ὃν ἐ-/γῶ τεμῶ τοῖσιν ἱππεῦσι καττύματα (v. 300s.).

batalla entre Diceópolis y el coro (vv. 490-571) y a continuación otra entre Diceópolis y Lámaco (573-625) que conduce a la parábasis. Ofrece esta última un buen ejemplo del uso del ridículo para desprestigiar al líder, un eficaz *modus operandi* del populismo en toda época (recuérdese el «Gran dictador» de Charles Chaplin).

Al comienzo de la primera de ambas escenas el coro avisa a Diceópolis del peligro de enfrentarse en solitario a la colectividad jugándose el pescuezo (*ἅπανσι μέλλεις εἰς λέγειν τάναντία*, v. 493), tal como si quisiera recordarle, si no la conveniencia de halagar, al menos la de no de no contradecir las convicciones de sus jueces, la de ser en suma políticamente correcto. A ello replica el protagonista, primero como tal *dramatis persona* del *Télefo* euripideo (v. 497) y acto seguido identificándose con el autor, para justificar con la razón de sus argumentos la osadía de dirigirse a la asamblea siendo un mendigo (vv. 496-501)⁸. Y ya como Diceópolis-Aristófanes, obviando las verdaderas causas, presenta a su manera —un excelente ejemplo de interpretación capciosa de los acontecimientos— la guerra con Esparta como una venganza personal del gran Pericles, cuidándose muy bien de no atentar contra el intocable principio de la ‘irresponsabilidad’ del demos.

El decreto de Mégara, según esta torticera simplificación, fue resultado de la confluencia de dos hechos, por un lado, el que unos *ἀνδράρια μοχθηρά ... ἐσυκοφάντει Μεγαρέων χλανίσκια* y atribuían al contrabando de los megarenses cualquier mercancía que llegaba a Atenas⁹; por otro, el rapto de tres prostitutas. Unos jóvenes atenienses raptaron borrachos a Simeta, una puta de Mégara. Los megarenses encolerizados raptaron a su vez dos meretrices de Aspasia. «Y de ahí se desencadenó sobre todos los griegos el principio de la guerra: ¡de tres furcias!» (vv. 528s.). La represalia de los megarenses enfureció a Pericles, a quien el cómico llama ‘el Olímpico’ (*Περικλέης οὐλύμπιος*, v. 530). Como el mismísimo Zeus lanzaba rayos y truenos, removía toda la Hélade y daba leyes escritas como

⁸ εἰ πτωχὸς ὄν ἔπειτ' ἐν Ἀθηναίοις λέγειν/ μέλλω περὶ τῆς πόλεως, τρυγωδίαν ποιῶν./ τὸ γὰρ δίκαιον οἶδε καὶ τρυγωδία.

⁹ «Algunos de los nuestros —y no me refiero a la ciudad, sino a unos tipejos miserables, de mala ley, sin valía, falsos ciudadanos medio-extranjeros— denunciaban los manticos de lana megarenses, y si veían por alguna parte un pepino o un lebrato, un cochinillo, una ristra de ajos o sal gorda, todo ello procedía de Mégara y se ponía a subasta el mismo día» (vv. 515-522).

escolios (531s.) que prácticamente impedían la presencia de megarenses en todas partes (vv. 532-534). Con ello se insinuaba que la actuación del arrogante eupátrida dejaba ver su oculta faceta de *πορνοβοσκός*, de rufián prostibulario atento sólo a su lucro personal. El término no lo emplea Aristófanes, pero bien podría sugerírsele a su público una elemental asociación. Lo sucedido después, Diceópolis lo resume brevemente: los megarenses acuciados por el hambre pidieron a los lacedemonios que se revocase dicho edicto, y así lo solicitaron éstos varias veces, pero los atenienses no les atendieron. «Luego, vino ya el fragor de los escudos. Dirá alguien: no debió ocurrir. Pero ¿qué era preciso hacer? Decidlo» (vv. 538-540). Un caso absurdo ejemplifica la habitual reacción de los atenienses ante la mínima amenaza de peligro (v. 555s.), y pone de relieve que el tomar precipitadamente decisiones fuera de toda medida lo determinaba su peculiar idiosincrasia.

Convencido por la argumentación, el primer hemicoro defiende a Diceópolis y se enfrenta al otro hemicoro que llama en su auxilio a Lámaco con ridículos epítetos épicos (*ὃ βλέπων ἀστραπῆς*, v. 566, *ὃ γοργολόφα*, v. 567). Preludian estas invocaciones una escena burlesca de contenido más bien antimilitarista que antibelicista. En busca del enemigo sale a escena un heroico guerrero, armado de punta en blanco, que se expresa con el lenguaje altisonante del epos y la tragedia (*ποιὶ χρῆ βοηθεῖν; ποιὶ κυδοιμὸν ἐμβαλεῖν*; v. 573), pero en lugar de enfrentarse a un adversario amenazante se topa con un mendigo inerte y harapiento. La situación, ya de por cómica, mueve aún más a risa cuando el desvalido indigente, sin arredrarse, saluda al belicoso personaje tomando a chacota su nombre, se burla de su escudo, pone en duda la legitimidad de su mando, le echa en cara el poco equitativo reparto de los cargos públicos, y termina dejándole prácticamente sin otra justificación del suyo que la de *ἐχειροτόνησαν γάρ με* (vv. 598, 607).

Deformar el nombre de los políticos y el hacer chistes con su apariencia física, su modo de vestir, sus aficciones etc. ha sido y es un recurso predilecto del populismo¹⁰. En el caso de Lámaco la tentación al *calambour* se hacía irresistible. Su nombre contenía el prefijo *Λα-* (equivalente al español 're-' según parece indicar el

¹⁰ Cf. 'el Botas' para Alcalá Zamora, 'el Pera' para Gil Robles durante la República, 'Largo Canallero' durante la Guerra Civil y en la actualidad Mariano 'Rajao' por Rajoy, 'el Coleta' o 'Pablemos' para Pablo Iglesias etc.

término *λακαταπύγων* del v. 664) que reforzaba la noción de μάχη y hacía que el onomástico significase algo así como ‘requetebata-tallador’. Aristófanes cae en esa ruin tentación más de una vez en nuestra pieza, como indican los versos 269-270¹¹ y el poco respetuoso saludo ὦ Λάμαχ’ ἦρωες τῶν λόφων καὶ τῶν λόγων del v. 575. Las burlas relativas al penacho del casco y sobre todo al escudo de Lámaco rozarían el límite de lo tolerable para la mentalidad ateniense, habida cuenta de que el escudo era en la Antigüedad el símbolo del honor militar. Pero Diceópolis, para liberarse de la náusea que le daba sólo el ver la ‘Cocona’¹² pintada en su parte externa, trata de usarlo a modo de bacín donde verter el vómito que intenta provocarse con una pluma de ‘chulogallo’¹³ arrancada del penacho de Lámaco. Llama éste, con la altanería propia de quien se estima de alto rango, repetidas veces la atención a Diceópolis por su descaro. Primero refiriéndose al coro. «Tú, un mendigo, ¿te atreves a hablar así?» (v. 577^a). Después contraponiéndolo a su persona. «¿Dices eso a un general¹⁴, tú, un mendigo?» (v.593). Por último, fracasado el intento de refrenar la insolencia del supuesto mendigo y perdido ya todo respeto a la jerarquía militar, la queja de Lámaco, que peligrosamente va pareciéndose cada vez más al *miles gloriosus* de la Comedia Nueva, rubrica su derrota: «¡Oh! democracia, ¿es esto soportable?» (v. 618).

A partir del momento en que el Diceópolis-Aristófanes revela a Lámaco su verdadera identidad (v. 595) hasta el v. 619 el tono de la escena cambia. De la burla humillante se retorna al agravio comparativo. Diceópolis se declara como un πολίτης χρηστός, lo cual implica no sólo el ser καλὸς κάγαθός, sino también el estar siempre a la disposición de los demás, el ser en suma ‘utilizable’ por sus conciudadanos. Y a fuer de tal se califica de στρατωνίδης desde el principio de la guerra, es decir, del linaje de quienes cumplen su

¹¹ μαχῶν/ καὶ Λαμάχων ἀπαλλαγίς.

¹² Intencionadamente Aristófanes sustituye la Γοργόνα del escudo (cf. el γοργολόφα del v. 567 y el v. 574 τίς Γοργόν’ ἐξήγειρεν ἐκ τοῦ σάγματος;) por μορμόνα el ‘coco’, que vertió como ‘Cocona’ pretendiendo acercarme al juego fónico del griego.

¹³ Así traduje el supuesto nombre de ave κομπολακίθου formado κόμπος ‘jactancia’ y λακέω ‘hacer ruido’.

¹⁴ En las Leneas del 425 cuando se representó nuestra pieza Lámaco no era στρατηγός, sino un oficial de rango inferior como ταξιαρχος (según se deduce de su queja del v. 1078: ἰὼ στρατηγοὶ πλέονες ἢ βελτίονες), pero lo había sido en 440 juntamente con Pericles, según informa Plutarco (*Per.* 20).

servicio militar, a diferencia del propio Lámaco, que en realidad es sólo un ‘buscacargos’ (σπουδαρχίδης) y un ‘ejerce-cargos-por-sueldo’ (μισχαρχίδης, vv. 595-597). Sin saber cómo sacudirse esa grave imputación, el esforzado paladín sólo acierta a decir para justificarse «me eligieron por votación» (v. 598). Pero esto no satisface a Diceópolis que replica «sí, tres cucos», aludiendo al corto número de individuos con voz y voto en los asuntos militares y a su posición privilegiada entre los ciudadanos (v. 598). Desigualdad tan hiriente le movió a hacer la tregua con los lacedemonios. Le repugnaba ver en filas (ἐν ταῖς τάξεσιν, v. 600) a hombres que peinaban canas, en tanto que jóvenes como Lámaco se libraban del servicio de armas y se iban de embajadores τοὺς μὲν ἐπὶ Θράκης μισθοφοροῦντας τρεῖς δραχμάς ... ἐτέρους δὲ παρὰ Χάρητι, τοὺς δ’ ἐν Χάοσιν ... τοὺς δ’ ἐν Καμαρίνῃ κὰν Γέλα κὰν Καταγέλα (vv. 599-606). Y siempre esas bicocas recaían en los mismos, bien en los hijos de los eupátridas, bien en arribistas desaprensivos que lograban integrarse en lo que nuestro actual Pablo Iglesias denominaría ‘la casta’¹⁵. Diceópolis acaba su intervención con una pregunta retórica, que lógicamente queda sin respuesta, mientras va señalando con el dedo primero a Lámaco y después a varios de los coreutas. «¿Y cual es la causa de que a vosotros, de un modo u otro, siempre se os pague, y de que no se le pague a ninguno de éstos?» (vv. 607-609). Una injusticia más, retributiva esta vez, que levanta ronchas a la envidia igualitaria.

En la parábasis (vv. 626-718) Aristófanes, retomando un tema tocado en los versos 369-374, hace uso de la *παρησία* cómica (vv. 633-635) como eficaz antídoto del populismo y proclama ser merecedor de muchas recompensas por haber puesto fin a que los atenienses se dejaran engañar incautamente con palabras peregrinas (ξενικοῖσι λόγοις) y les gustara recibir halagos como necios (χαυνοπολίτας). Y así prometiendo ὡς κωμωδῆσει τὰ δίκαια (v. 655), asegura a sus conciudadanos que les dará muchas buenas enseñanzas, de suerte que serán felices, pero, eso sí, sin halagarlos, sin prometerles sueldos falazmente, sin andarse con engañifas, ni con trapacerías, y sin regarles de elogios, sólo con enseñarles lo que es mejor (vv. 656-658).

¹⁵ «La introducción de la palabra ‘casta’ puede considerarse un ‘acierto poético’ (¿?) que ha puesto patas arriba el mapa político español», cf. Luis Alegre Zahonero, «La larga marcha hacia la centralidad del tablero», Prólogo a Carlos Fernández Liria, *En defensa del populismo*, Catarata, Madrid, 2016, p. 11. En prevención de previsibles críticas me apresuro a consignar el elogio del término.

A la parábasis siguen dos escenas, separadas por un canto coral, que ejemplifican los beneficios que le reporta a Diceópolis la tregua con los lacedemonios. Gracias a ella puede comerciar tanto con el megarense (vv. 719-835) como con el beocio (vv. 860-958) y canjearles respectivamente dos típicos productos atenienses, un sicofanta, y un inspector de abastos (Nícarco). En la primera de dichas escenas hay un maligno comentario del megarense a la actuación de las autoridades de su ciudad, de genuino humor negro y fuerte carga populista. Lo traduje así en gallego, lengua pintiparada a la retranca de personaje tan 'cuitadiño': «os conseleiros coidábanse pra ben da cidade de que morréramos canto antes e peor»¹⁶. Al final de ambas escenas se presenta a Diceópolis un criado de Lámaco, con la intención de comprarle de parte de su amo εἰς τοὺς Χοῶς (vv. 959-962) unos tordos y una anguila de lo mercado al beocio. Diceópolis finge ignorar quién es el tal Lámaco, con vistas a que la explicación del fámulo (ὁ δεινός, ὁ ταλαύριος, ὃς τὴν Γοργόνα/ πάλλει, κραδαίνων τρεῖς κατασκίους λόφους, vv.964-965) depare un nuevo motivo de regocijo. Su negación es tajante: no le vendería la angula, ni aunque le diera el escudo (v. 967).

Tras un canto coral de alabanza a la sensatez de Diceópolis que gracias a las treguas vive opíparamente (vv. 971-999), un heraldo pregona el inicio de las Χοῶς (vv. 1000-1003), lo que da lugar a que Diceópolis salga de casa con los suyos bien provisto de viandas para celebrar la fiesta (vv. 1004-1017). Mientras éste las prepara, recibe la visita de Dércetes, un labrador que perdió la visión de tanto llorar el robo de su yunta de bueyes por los beocios (vv. 1018-1036), así como la de un padrino y una madrina de boda. Dércetes, nombre irónico formado sobre δέρκομαι, le ruega que le unja con el bálsamo de la paz ambos ojos, a lo que Diceópolis replica «no ejerzo de médico público» (v. 1030) y le remite a los ayudantes de Pívalo (v. 1032). El padrino le trae como regalo unas tajadas de carne del banquete nupcial y le pide, a cambio, que le escancie en un esenciero una pizca de paz para librar al recién casado de ir al campo de batalla. Inflexible en su negación con el padrino, Diceópolis cede ante lo que le cuchichea al oído la madrina y le da parte del unguento, «porque es mujer y no es culpable de la guerra» (v. 1062).

¹⁶ τῶνδρες πρόβουλοι τοῦτ' ἔπρασον τῇ πόλει/ ὅπως τάχιστα καὶ κάκιστ' ἀπολοίμεθα (vv. 756s.).

Ejemplificada así reiteradamente la dicha del héroe cómico, un mensajero le trae una mala noticia a Lámaco, jugando de nuevo con los malos augurios de su nombre (ἰὼ πόνοι τε καὶ μάχαι καὶ Λάμαχοι, v. 1071). Los generales le ordenan ταχέως λαβόντα τοὺς λόχους καὶ τοὺς λόφους (v. 1074) ir a vigilar los pasos fronterizos aguantando la nevada, porque se teme una incursión de bandidos beocios durante el festejo de las Jarras. «¡Ay! generales más numerosos que valerosos. ¿No es indignante que ni siquiera se me deje celebrar la fiesta?»¹⁷ rezonga Lámaco. Y secunda aparentemente su queja Diceópolis para añadir al pitorreo un retruécano más: «¡Ay! cuerpo expedicionario de la guerra Lamacomáquica»¹⁸. A continuación un segundo mensajero avisa a Diceópolis que el sacerdote de Dioniso le está esperando con todos los comensales ya listos para celebrar la fiesta de las Jarras (vv. 1085-1094), así que debe acudir cuanto antes τὴν κίστην λαβὼν καὶ τὸν χοῦν (v. 1086) para no hacerles esperar.

Con la notificación al héroe cómico y a su antagonista del equipaje que han de llevar para acudir a sus respectivos destinos se inicia el *reversal* o *περιπέτεια* cómica de la pieza. En la escena de batalla entre ambos actores de los vv. 573-625 Diceópolis quedaba vencedor, pero Lámaco mantenía a salvo su honor militar proclamando: «En cualquier caso, yo siempre combatiré contra los peloponesios y los hostigaré por todas partes, por tierra y mar, hasta donde lleguen mis fuerzas» (vv. 620-622). Se ha visto cómo se han ejemplificado hasta la saciedad los beneficios reportados por la paz a Diceópolis con las escenas del megarenses (vv. 729-835), del beocio (vv. 860-958), del criado de Lámaco (959-970), de Dércetes (vv.1018-1035), del *paranymphos* y la *nymphetria* (1048-1068), y también cómo lo han elogiado por ello los cantos del coro y los comentarios del corifeo que siguen a dichas escenas (vv. 836-859, 971-999, 1008-1017, 1037-1046, 1069-1070). Todo en la pieza está ya preparado para la consumación de la venganza cómica contra la ‘casta’ dominante partidaria de la guerra, representada por Lámaco, invirtiendo la situación inicial. La ‘casta’, de ser envidiada por sus privilegios, pasa a envidiar las ventajas otorgadas por la paz al vulgar ciudadano (a ‘la gente’, diría la jerga política actual).

¹⁷ ἰὼ στρατηγοὶ πλέονες ἢ βελτίονες./ οὐ δεινὰ μὴ ἕξινάι με μὴδ' ἑορτάσαι; (vv.1078-1079).

¹⁸ ἰὼ στράτευμα πολεμολαμαχικόν (v. 1080).

Dicha venganza se efectúa en dos fases mediante el contraste de situaciones antagónicas que se presentan en vivaz *stichomythía*. En la primera fase (vv. 1094-1141) Lámaco va pidiendo a su criado que le saque los víveres y pertrechos necesarios para salir de operaciones: el macuto, la sal con tomillo y cebollas, las plumas del casco, los penachos, la lanza, los soportes del escudo, la rodela con la Gorgona, el peto. Diceópolis hace lo propio con su criado refocilándose con la enumeración de los manjares que lleva consigo a la fiesta de las Jarras. Cuando todo está listo, ambos abandonan la escena con sus criados cargados con tan dispares equipajes y el corifeo los despide (vv.1143-1149), recalcando bien ὡς ἀνομοίαν ἔρχεσθον ὁδόν (v.1144), con un sistema de dímetros anapésticos que cumple la función de *kommation* de una parábasis secundaria carente de la parte epirremática (vv.1143-1173).

La segunda y definitiva fase de la venganza cómica comienza con la entrada en escena de un tercer mensajero que pide a los sirvientes de Lámaco que preparen agua caliente y vendas para curar a su amo, que vuelve a casa herido (vv. 1174-1189). Pero el confuso relato del mensajero, que parece expresarse con la técnica del ὕστερον πρότερον, deja bien claro dentro de su incoherencia que las heridas del bizarro milite no las produjo una pelea con el enemigo, sino una caída accidental durante la persecución de unos supuestos bandidos beocios que resultaron ser unos desertores fugitivos. A continuación aparece Lámaco (vv. 1190-1197) sostenido por dos de sus hombres, quejoso de su suerte y temeroso de que al verlo maltrecho se burle de su desgracia Diceópolis. El presentimiento se cumple inmediatamente, cuando éste llega, beodo entre dos heteras, de regreso de la fiesta de las Jarras (vv.1198-1203). Eufórico, las chicolea y va manoseando, al tiempo que se ufana de haber ganado la competición de bebedores. De pronto reconoce al herido y le saluda, deformando una vez más su nombre, con un ἡῦ, ἡῦ, χαῖρε, Λαμαχιππιον (v. 1207). Sin la menor consideración con el dolor de Lámaco que implora asistencia médica, Diceópolis reclama que se le entregue el premio del concurso y grita el τήνελλα καλλίνικος (‘¡Olé por la gran victoria!’) de ritual, como invitando al coro a aclamarlo. Y así lo hacen los coreutas que abandonan la escena detrás del protagonista (vv.1227-1234), diciéndole: «Por darte ese gusto, te seguiremos cantando ‘Olé por la gran victoria’ en loor tuyo y de tu odre», sin caer en la cuenta de que la verdadera victoria de Diceópolis no es

la premiada con un odre, sino la derrota de Lámaco como paladín de los partidarios de la guerra.

No se me escapa cuán erróneo es hacer uso de los actuales criterios y esquemas mentales para interpretar los hechos del pasado, pero la realidad es que no tenemos otros si queremos comprenderlos de un modo satisfactorio. Las obras clásicas se han transmitido a lo largo de los siglos, porque cada época las ha entendido y comentado a su manera, y precisamente es esa inagotable multiplicidad de enfoques e interpretaciones lo que da la razón de su perennidad. Aplicar el nuevo calificativo de 'populista' a Aristófanes no me parece inadecuado, si se tiene en cuenta que el principal intento de todo autor cómico es el de hacer reír al público, y esto sólo se logra haciéndose con su complicidad, lo que, dicho con otras palabras, significa ganarse su favor. Para conseguirlo, la experiencia enseña que no se vacila en hacer cualquier concesión a los sentimientos y gustos populares, aun a costa de arrinconar reparos personales de índole estética o moral. Ahora bien, tampoco me pasa inadvertido que ciertas nociones actuales, tan amplias y nebulosas como esas de 'populismo' y 'populista', corren peligro a la larga de convertirse en comodines multiusos para explicar superficialmente los hechos, o en admoniciones disuasorias de plantearse problemas de difícil solución. Entre ellos, se me ocurre mencionar, el de la orientación política de Aristófanes.

En estas *nugae* consiste, querido Antonio, mi aportación a tu Homenaje. Aunque no alcancen la altura de mi afecto a tu persona, acéptalas *φιλίας χάριν*. Su único mérito, si es que lo tienen, radica en el intento de acercar Aristófanes a nuestra más viva actualidad desde un enfoque diferente, como si lo contempláramos con un catalejo más potente. Pero pretender ser 'moderno' a estas alturas de mi vida no deja de ser una ilusión ridícula. S.V.B.E.E.V.

GIL, Luis, «Sobre el populismo de *Acarnienses*», *SPhV* 18 (2016), pp. 119-132.

RESUMEN

Pretende este trabajo explicar el triunfo de *Acarnienses* en las Leneas del 425, pese al ambiente belicista predominante, por su hábil recurso a técnicas populistas de reconocida eficacia como el suscitar la envidia igualitaria mediante el agravio comparativo, la tergiversación de los hechos históricos, el cuestionamiento del poder, la ridiculización del líder y el regodeo en la venganza cómica cuando se opera en la pieza la περιπέτεια.

PALABRAS CLAVE: Populismo, agravio comparativo, envidia igualitaria.

ABSTRACT

This paper seeks to explain the success of *Acharnians* at the Lenaea festival in 425, in spite of the warmongering atmosphere prevailing at the time, on the basis of its resourceful use of populist techniques such as arousing egalitarian envy through unfairness, distorting historical facts, challenging power, deriding the leadership and taking delight in comical revenge when the περιπέτεια intervenes in the play.

KEYWORDS: Populism, unfairness, egalitarian envy.

